



El Hombre y la Máquina
ISSN: 0121-0777
maquina@uao.edu.co
Universidad Autónoma de Occidente
Colombia

GRUESO, DELFÍN IGNACIO
¿Qué es el multiculturalismo?
El Hombre y la Máquina, núm. 20-21, julio-diciembre, 2003, pp. 16-23
Universidad Autónoma de Occidente
Cali, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=47812406003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

¿Qué es el multiculturalismo?

DELFIN IGNACIO GRUESO*

* Filósofo. Ph. D. Miembro del Grupo Praxis, Departamento de Filosofía, Universidad del Valle.

Resumen

En este ensayo se examina la noción de multiculturalismo. Aproximándose a una clarificación conceptual sobre este paradigma se muestran sus limitaciones y potencialidades, toda vez que su precisión está atravesada por las tensiones y conflictos de cada cultura y país y por las diferentes perspectivas políticas e ideológicas.

Abstract

This essay focuses on the notion of multiculturalism. Different cultures have appropriated this notion in different ways. And so do political and ideological perspectives. There remains, however, a central demand for justice and recognition that involves a powerful moral objection to political structures and social and cultural practices.

El *multiculturalismo* está de moda. Varias cuestiones tienden a identificarse con este concepto. En primer lugar, las luchas que bien pueden llamarse liberales contra la discriminación de los individuos en razón de su color de piel, creencias religiosas, origen nacional y pertenencia étnica en el seno de sociedades en proceso de liberalización. En segundo lugar, y tomando distancia frente a las anteriores, las luchas de

las identidades colectivas, sean estos pueblos, etnias o confesiones, que no luchan por un trato igualitariamente liberal a sus miembros sino por un reconocimiento a su colectividad a partir de la diferencia. Mientras estos dos tipos de lucha enfocan sus objetivos a reformas políticas y legales, hay un tercer tipo de lucha que ubica sus objetivos en un plano más simbólico y cultural, en el terreno del canon educativo, de los patrones culturales en pro de cierto reconocimiento a cierto acervo cultural, usualmente estigmatizado, ridiculizado, desconocido o simplemente en vía de desaparecer.

Como ocurre con todos los paradigmas que se ponen de moda, su apropiación está atravesada por la agenda y los conflictos de cada cultura y país y permite el sesgo de diferentes perspectivas políticas e ideológicas. Por otra parte, aunque el nicho básico del paradigma es nuevo, sus problemas no lo son tanto y es bueno tener en cuenta lo que cambia con la apropiación de los viejos problemas desde el nuevo lenguaje. He interpretado que lo que se me ha pedido es una clarificación conceptual sobre este paradigma, mostrar sus limitaciones y potencialidades. Es lo que trataré de hacer.

Comienzo por tomar en consideración la afirmación de Gerd Baumann según la cual «el enigma multicultural es americano en sus orígenes, pero los intentos más variados de afrontarlo los encontramos en Europa».¹ Quizás lo norteamericano del multiculturalismo ha sido recoger banderas que ya se agitaban en la lucha por los derechos civiles en la década de los años sesenta, y que tomaban la forma de una lucha por una democracia entre culturas, aunando a la lucha del

Como ocurre con todos los paradigmas que se ponen de moda, la apropiación de la noción de multiculturalismo está atravesada por la agenda y los conflictos de cada cultura y país y permite el sesgo de diferentes perspectivas políticas e ideológicas.

1. Gerd Baumann, *El enigma multicultural*, Paidós, Barcelona, 2001, p. 11.

«el carácter de los grupos que (se) piensan como ‘culturas’ en el contexto del multiculturalismo, especialmente en los Estados Unidos —afroamericanos, latinos, americanos-asiáticos e indígenas— está íntimamente ligado a la historia racial de los Estados Unidos y al tratamiento racista a esos grupos».² Sin embargo, como bien lo anota el mismo Blum, grupos y formas de discriminación como el género, la edad y la orientación sexual son también considerados dentro del ámbito del multiculturalismo. A ello han contribuido lo que en la vida académica norteamericana se llaman ‘Estudios Culturales’ y aquellos que recogen reivindicaciones de género y de orientación sexual. Por eso no es de extrañar que una filósofa como Nancy Fraser asocie el multiculturalismo con las soluciones afirmativas contra la homofobia.³ La cosa ha llegado hasta mezclar a los temas ya mencionados los del canon estético y del lenguaje políticamente correcto.

National Geographic

movimiento negro la denuncia del brutal exterminio de los pueblos indígenas y la lucha de los latinos por un mejor trato, combinando reivindicaciones laborales con formas de resistencia cultural. Ello explicaría por qué Lawrence Blum tiende a identificar el multiculturalismo con la «oposición al racismo, o un ideal de justicia racial», aunque reconoce que las dos cosas no equivalen a lo mismo. La razón para esto es que

Ésta no es exactamente la misma connotación que el multiculturalismo tiene en Canadá, donde el tema aparece fuertemente asociado al problema de Québec, que de acuerdo con la tradición canadiense ha sido pensado más en términos de federalismo que de modificación de actitudes sociales y culturales. Es decir, para emplear la terminología del filósofo español Francisco Colom, más acudiendo a la figura del mosaico que a la del *melting pot*, el crisol donde todas las diferencias se funden. En el mundo académico el tema aparece ligado a dos filósofos que plantean el tema de forma distinta: Charles Taylor, quien tiende a identificar el multiculturalismo con la política del reconocimiento, y Will Kymlicka, quien, desde una perspectiva liberal, ha tratado de

2. Lawrence Blum, «Recognition, value, and Equality: A critique of Charles Taylor's and Nancy Fraser's account of multiculturalism» en *Theorizing Multiculturalism. A guide to the current debate*, editado por Cynthia Willet, Blackwell Publishers, Oxford, UK, 1998, pp. 73-74.

3. Fraser, «From redistribution to Recognition», en *Theorizing Multiculturalism. A guide to the current debate*, editado por Cynthia Willet, Blackwell Publishers, Oxford, UK, 1998, p. 32.

responder a las demandas de las minorías nacionales y étnicas a través de una propuesta de ciudadanía multicultural. Mientras Taylor enfatiza más el problema de las actitudes y las relaciones entre culturas, moviéndose más en el plano de lo simbólico y de las representaciones, Kymlicka tiende a ubicarse en el territorio y desde allí los derechos de los nativos, de las minorías que se mueven por todo el territorio y de la cultura que para unas representa la tierra y para otras los hábitos, la cocina y la memoria. Como hegeliano, Taylor piensa más en los procesos horizontales de lucha por el reconocimiento y logro de las identidades; como liberal, Kymlicka prioriza la preocupación por la gobernabilidad y los ordenamientos jurídico-políticos. Pero para ellos el problema no incluye a homosexuales, minusválidos ni mujeres.

El problema de Québec, por otra parte, no es muy distinto del de las nacionalidades que viven sometidas a un Estado político, problema familiar a muchos países europeos, como en el caso de las regiones españolas, del problema vasco en España y Francia o todo el problema de las identidades culturales y nacionales en la antigua Yugoslavia. Pero en Europa también el multiculturalismo tampoco se quedó allí. Pasó rápidamente a articular el problema social y político de las minorías, especialmente las de inmigrantes, y fácilmente llegó a incorporar las demandas de la ciudadanía plena, de trabajo y de renta mínima, que más bien pertenecen a la agenda política de la justicia redistributiva y de la teoría de la participación política.

En América Latina el multiculturalismo se ha alimentado de tópicos como la vieja cuestión de las fusiones y separaciones étnicas de que se ocuparon pensadores como Sarmiento en Argentina o Vasconcelos en México, pasando por el

problema de lo indígena, problema político por excelencia en países como Perú, Ecuador, Guatemala y México, entre otros, al problema de las identidades negras y de la herencia afro en Cuba, Brasil y otros países. Pero rápidamente ha pasado a recoger quejas más recientes contra la globalización, la imposición de modelos educativos y patrones culturales eurocéntricos o pronorteamericanos.

En Colombia, las luchas indígenas por la recuperación de la tierra y el problema de las identidades negras, así como las demandas por un trato más justo por parte del Estado hacia las confesiones religiosas minoritarias, han encontrado eco en el multiculturalismo, especialmente a partir de la Reforma Constitucional de 1991. Ahora circulan nuevos argumentos políticos y nuevas exigencias morales, pero no está claro si esto debe traducirse en un reduccionismo esencialista, en una nueva forma de integración, en un federalismo territorial o en una democracia entre culturas.

Lo que vemos, entonces, es que el multiculturalismo ha terminado por adaptarse a cada contexto, en unas partes haciéndose eco de las demandas hechas por los pueblos nativos contra la cultura invasora y hegemónica; en otras partes preguntándose por los fundamentos de las culturas nacionales; en otras abogando por las minorías inmigrantes e, incluso, allí donde imperan las hegemonías confesionales, abogando por las minorías religiosas.

Razón parece tener Gerd Baumann al observar que el multiculturalismo se mueve dentro de un área demarcada por tres vértices. El primero es el Estado-nación, con su mito de la soberanía y con la creencia romántica de que una etnia o cultura conquistaba su libertad cuando se convertía en nación. El segundo es el concepto de que

*Grupos y formas
de discriminación
como el género,
la edad y la orientación
sexual son considerados
dentro del ámbito
del multiculturalismo.*

la etnicidad es lo mismo que la identidad cultural, haciendo descender las identidades actuales de la sangre de los antepasados. Baumann asevera que, en este caso, el término 'raza', que fue «una engañosa ficción del siglo XIX», se perpetúa en el término 'etnicidad' «en su presumible sentido biológico (que) es su fotocopia de fines del siglo XX».⁴ El tercer polo es la religión, que suena a sus creyentes como absoluta y como traducción de otras formas de conflicto que se vuelven, entonces, relativas. «En situaciones difíciles de conflicto social a menudo se puede observar que los límites étnicos, nacionales o migratorios se han transformado en límites religiosos» y esto tiene como consecuencia que «bloquean el camino que lleva al diálogo político o incluso al multicultural».⁵ Al centro del triángulo multicultural, según Baumann, se halla el imán de la cultura: «lo que está en juego en todos los debates sobre la creación de una nación, la etnicidad y la diferencia religiosa es invariablemente la idea de cultura y qué pretenden indicar con ello los distintos contendientes que participan en el debate multicultural». Hay defensores de la construcción de culturas nacionales, los protagonistas de culturas étnicas y los que consideran a la religión como un tipo de cultura.⁶

El multiculturalismo, pues, parece no estar centrado tanto en las diferencias de género ni de orientación sexual, ni en las minorías de inmigrantes y sus problemas sociales. Parece estar más centrado en las minorías étnicas, las identidades nacionales y las confesiones religiosas y en ellas sólo en la medida en que toque el problema cultural. Y

4. Baumann, op. cit. pp. 35.

5. Ibid p. 38.

6. Ibid. p. 39.

el problema cultural de que trata el multiculturalismo es el de la diversidad o pluralismo.

Ya esto nos permite hacer una importante distinción entre la diversidad como la ve el multiculturalismo y como la mira el liberalismo. El pluralismo liberal es la enunciación de que hay más de un modelo de vida y más de un sistema de valores y que todos los seres humanos tienen derecho a escoger el que deseen y a seguirlo. Pero en el liberalismo la diversidad se privatiza y se reduce a un problema de decisiones individuales. El multiculturalismo, por el contrario, no ve la diversidad cultural como un problema de decisiones individuales y menos como algo a ser privatizado. No se trata de individuos que escogen valores y formas de vida, sino de pueblos que ya tienen valores y formas de vida. El multiculturalismo comienza por constatar ese hecho.

Esta toma de distancia frente al liberalismo, que se parece mucho a los argumentos de Sandel frente a John Rawls, puede inducir a muchos a creer que multiculturalismo y comunitarismo son la misma cosa y a esto ayuda también el hecho de que Taylor, uno de los pensadores del multiculturalismo, es presentado así mismo como un pensador comunitarista. Pero multiculturalismo y comunitarismo no son la misma cosa. Los comunitaristas, para comenzar, avanzaron la idea de comunidad de valores para oponerse al procedimentalismo liberal. Rescataron, contra el universalismo de los derechos y contra el yo vaciado de contenidos valorativos, el yo situado, concretamente ubicado dentro de una comunidad real. Pero cuando se trató de ver si esa comunidad era la patria, la etnia o la cultura y si esa comunidad bastaba para fundar una comunidad política, el comunitarismo se quedó corto: su apelación a la comunidad no parecía ser más concreta que la apela-

Lo que está en juego en todos los debates sobre la creación de una nación, la etnicidad y la diferencia religiosa es invariablemente la idea de cultura y qué pretenden indicar con ello los distintos contendientes que participan en el debate multicultural.

sión.⁷ Y aquí se impone otra distinción. Habría que distinguir este carácter denunciativo-enunciativo, es decir, la denuncia de la asimilación y la aculturación, de una parte, y la enunciación del hecho de la diversidad, de otra parte, de lo que es el multiculturalismo en sentido normativo.

El filósofo mexicano León Olivé distingue entre *multiculturalidad* y multiculturalismo normativo. La multiculturalidad es la realidad de que existen muchas culturas en el seno de una misma sociedad. Se dice, descriptivamente, que hay sociedades multiculturales pero no se avanza una prescripción ética o política. Pero mientras la multiculturalidad simplemente describe el hecho, el *multiculturalismo normativo* trata de sacar de él consecuencias éticas o políticas, trata de normativizar,⁸ prescribe modelos de sociedad y a veces cae en un esencialismo étnico y cultural que es bastante peligroso porque en lugar de un trato justo entre las culturas, en lugar de una relación política entre ellas, propugna el aislamiento, la separabilidad, la pureza de las etnias, cierta apología a las culturas puras o lo que llama Habermas un ecologismo cultural.

Este multiculturalismo le cierra la puerta a la *interculturalidad*, es decir, al diálogo entre las culturas, que es una salida a las muchas injusticias denunciadas por el multiculturalismo; una interculturalidad que no sea desventajosa para los pueblos que tradicionalmente han sufrido una indebida aculturación o invisibilización y marginamiento cultural. Robert Bernasconi ha destacado la ventaja de la interculturalidad sobre el multiculturalismo de la siguiente

ción del viejo liberalismo al universalismo y al yo que elige fines. Entonces, si el comunitarismo apelaba a la comunidad concreta sobre la cual se puede fundar la convivencia política, lo que viene a decir el multiculturalismo es que hay muchas comunidades concretas y que el Estado político a menudo las aplasta y las ignora.

Antes que una apelación, el multiculturalismo parece ser una denuncia y una que está muy ligada al tema de la aculturación. El multiculturalismo se opone a la aculturación unilateral que lleva al cambio cultural en una sola dirección y termina por configurar una forma de asimilación o de opre-

National Geographic

7. Aculturación: la modificación recíproca, producida por la transmisión cultural. Ver Carlos Alberto Uribe, «Aculturación» en *Palabras para desarmar. Una apropiación crítica al vocabulario del reconocimiento cultural en Colombia*, Editores Margarita Rosa Serje, María Cristina Suaza y Roberto Pineda, Ministerio de Cultura, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2002, pp. 27. Redfield, Linton y Herskovits, en su «Memorandum para el estudio de la aculturación», en 1936 definieron aculturación como «aquellos fenómenos que resultan cuando grupos de individuos, pertenecientes a culturas diferentes entran en contacto continuo y de primera mano, con cambios subsecuentes en los patrones culturales originales de uno o de ambos grupos» [citado por Uribe, op. cit. pp. 29]. Ellos distinguieron aculturación de cambio cultural, del cual sólo es un aspecto, y de asimilación, que en ocasiones es una fase de la aculturación.

8. Ver León Olivé, *Multiculturalismo y pluralismo*, Paidós, México, 1999 pp. 58-59.

manera: «El multiculturalismo sirve como un antídoto a la demanda de que todo el mundo se asimile a la cultura blanca europea, pero el interculturalismo es un término mejor para describir la porosidad de las culturas. El interculturalismo, como lo entiendo, plantea el asunto de cómo ocurre la comunicación entre culturas inconmensurables. Si el multiculturalismo, basado en cierto modelo herderiano, se arriesga a dar la impresión de que las culturas son unidades discretas, autónomas, incluso relativamente estáticas, entonces el interculturalismo, con su sentido de que las culturas cambian, en gran medida, cuando ellas interactúan con la culturas vecinas, viene a corregir ese error»⁹. De esta manera la interculturalidad vendría a ser un modelo dinámico y el multiculturalismo un modelo peligrosamente estático. Lo estático y peligroso sería defender la separabilidad, el hecho de la diferencia, cayendo en un esencialismo. Pero también sería peligroso defender cualquier tipo de interculturalidad. En otras palabras, la fuerza normativa no se debe aplicar tanto al hecho del pluralismo sino al cómo se hace la interculturalidad.

Esto depende, de nuevo, de cómo entendamos la cultura, que es el concepto clave del multiculturalismo. Lo que está en juego aquí, como lo señala Baumann, son dos nociones de cultura, una esencialista y otra procesual. La esencialista entiende por cultura la herencia colectiva de un grupo, «es decir, como un catálogo de ideas y ejercicios que configuran la vida y los pensamientos tanto individuales como colectivos», como «una fotocopidora gigante que continuamente produce copias idénticas» [39-40]. A di-

ferencia de esto, la cultura procesual no es una máquina de fotocopiar sino «un concierto o, en realidad, un recital históricamente improvisado. Sólo existe mientras dure su actuación y nunca puede quedarse fija o repetirse sin que cambie su significado».¹⁰

Hay, finalmente, usos bastante polémicos del multiculturalismo o, mejor, adecuaciones de éste al nuevo orden mundial, a las exigencias del capitalismo. Ya se trata en este caso de una inaceptable perversión. Martin J. Beck Matutik ha identificado un multiculturalismo lúdico, un multiculturalismo corporativo y un multiculturalismo imperialista.¹¹ El multiculturalismo imperialista es quizás el más peligroso en estos momentos porque nos saca de nuestras discusiones sobre el trato justo hacia las minorías en el interior de las unidades políticas y nos pone a soñar con un nuevo orden mundial que se enriquecerá con todas las culturas y que será permeable a todas las influencias. La realidad es muy otra. Con la apertura hacia este orden mundial no estamos viendo películas congoleñas, ni oyendo música camboyana, ni degustando delicias culinarias bolivianas, ni entendiendo más a los esquimales. Todos estamos, simplemente, comiendo hamburguesas McDonald. Como bien dice el periodista francés Ignacio Ramonet, un estilo parecido de vida se impone de un lado al otro del planeta, inspirado por los medios de comunicación y prescrito por la cultura de masas. De La Paz a Ouagadougou, de Kyoto a San Petersburgo, de Orán a Amsterdam, las mismas películas, las mismas series televisivas, las mismas informaciones, las mismas canciones, los mismos eslóganes publicitarios, los

mismos objetos, las mismas vestimentas, los mismos vehículos, el mismo urbanismo, la misma arquitectura, el mismo tipo de apartamento, a menudo amoblado y decorado de idéntica manera. En los salones suntuosos de las grandes ciudades del mundo, el encanto de la diversidad cede el paso ante la fulminante ofensiva de la estandarización, de la homogeneización, de la uniformación. Por todas partes triunfa la *World Culture*, la cultura global.

9. Robert Bernasconi, «Stuck inside of Mobile», en *Theorizing Multiculturalism. A guide to the current debate*, editado por Cynthia Willet, Blackwell Publishers, Oxford, UK, 1998, pp. 289-90.

10. Baumann, op. cit. pp. 39-41.

11. Ver Martin J. Beck, «Ludic, Corporate, and Imperial Multiculturalism: impostors of Democracy and Cartographers of the New World Order», en *Theorizing Multiculturalism. A guide to the current debate*, editado por Cynthia Willet, Blackwell Publishers, Oxford, UK, 1998 pp. 100 - 117.